

---

## CAPITULO XXVI.

---

### EL PROPAGANDISTA RUSO.

Uno de los escritores que más han contribuido en Europa á difundir la tesis originalísima del carácter democrático y socialista de los eslavos, es el escritor Hertzen. Mis lectores me perdonarán si reproduzco aquí su biografía que he publicado en otro lugar, y aparte de este trabajo, en el cual debe tener y tiene por necesidad inevitable un carácter predominante. Suprimir á Hertzen era imposible, porque suprimíamos la figura mas original y mas curiosa de la revolucion rusa. Presentarlo de dos maneras paréceme difícil. Además, este retrato fué hecho en presencia del original y no quiero retocarlo. Me contento, pues, con la reproducción. Ya ha muerto despues de haber sido por espacio de mucho tiempo la víctima y la sombra del Emperador Nicolás y de su raza. Desde Londres primero, desde Ginebra despues, el escritor ruso lanzaba en estilo vivísimo, caldeado de fé, reluciente de poesía, llamamientos audaces á las razas eslavas para que cumplieran sus providenciales destinos. Me pare-

ce que todavía le estoy oyendo referirme poco antes de morir sus empeños revolucionarios, y sus audaces conjuraciones. Tenia el cuerpo breve, la cabeza grande, la cabellera larga y rubia como un godo, el color claro, la barba rara, los ojos pequeños y luminosos como aquellas pupilas de los ojos hunnos que, segun Jornandez, tanto aterraban á los degenerados romanos; todos los rasgos de las razas del Norte. Pero en cambio tenia en la viveza de su palabra, en el calor que la animaba, en las fuertes emociones que la sacudían, en los tránsitos bruscos de lo sublime á lo grotesco, en la variedad maravillosa, y en la gracia inimitable, todo el estró, toda la vena de los hombres del Mediodia. Para escribir el relato de la revolucion rusa habia escrito sus propias memorias, é hizo bien, porque sus memorias resumían todos los hechos revolucionarios que pasaban en la realidad, y todos los ideales que se descubrían claramente en la conciencia de los pensadores rusos. Hertzen era demócrata, republicano, federal; y ade-



más difundía con verdadero empeño las ideas sociales, destinadas á emancipar económicamente á los pueblos.

Con tales méritos, no hay para qué decirlo, pronto, muy pronto, fué á dar en el destierro, y á seguir la suerte de los desterrados á Siberia. A pesar de correr el mes de Abril, cuando le forzó el paternal gobierno ruso á emprender su viaje, los caminos estaban cubiertos de espesa capa de hielo, sobre la cual se resbalaban los caballos de su carruaje; y fuera de sus márgenes el Volga, en cuyas aguas estuvo á punto de perderse con su pequeña barca imperial, agujereada por un choque, henchida de agua, zozobrando, entre la indiferencia de los barqueros vecinos, la desesperación del gendarme custodio, los lloros del doméstico adscrito á su servicio, y las maldiciones del pobre barquero, dependiente del gobierno, que veía próximos castigos severísimos, y se lamentaba de que la barca se perdiera, y él no se ahogara; pues tan ruda y cruel es para los inferiores la bizantina administración de los rusos. Son de estudiar en la animada descripción de este viaje la barbarie de los empleados, la inmundicia de los paradores oficiales, la grosería de los gendarmes, las lamentaciones de los subprefectos que se quejan hasta de la disminución en el consumo del aguardiente, cuyo despacho tiene monopolizado el gobierno, interesándole por ende fomentar el vicio de la bebida, que les aporta anualmente muchos millones de rublos.

Un pueblo, de corazón perdido por el despotismo, de estómago envenenado por el aguardiente, engendraba de necesidad corruptora política y corrompida administración. Allí, en Perone, á las fronteras de Siberia, á la vista de las montañas Ourales, vivían multitud de polacos desterrados bajo el yugo de la infame burocracia rusa. Herten recibió del gobernador imperiosas órdenes de no tratar con ellos, al mismo tiempo que con ellos le juntaba el gobernador todos los sábados, merced á revistas de inspección celebradas en

las oficinas del gobierno. Entre los desterrados conoció uno tan miserable de fortuna, como rico de alma, ido de Francia á Polonia para sublevar á sus conciudadanos, y enviado de Polonia á Siberia para purgar su gran delito, el delito de patriotismo. La mujer de este mártir corría, á la sazón, sola y á pié, sin saber casi el camino, guiada por su instinto como el ave, sostenida por el amor en aquel martirio, desde Polonia á Siberia, para unirse con su esposo en la soledad y en la tristeza del destierro.

Los empleados rusos, los burócratas castigaban los territorios infelices que gobiernan con depredaciones propias más de conquistadores que de gobernantes. Entre las brutalidades entonces al uso contábase la increíble de robar sus niños, sus pequeñuelos á los judíos, vestirlos de soldados, y en la edad más necesitada del cariño de las madres y el calor de los hogares, entregarlos á la vara del sargento y al frío del cuartel. Herten vió muchos, el que más de doce, el que ménos de ocho años; recién reclutados, conducidos por los desiertos de hielo, azotados por los glaciales vientos del mar blanco, llenos de heridas en sus cuerpos, y de tristeza en sus almas, que caían muertos á centenares por aquellas estepas, no tan desoladas ni tan tristes como las almas capaces de concebir y perpetrar estos crímenes.

De las fronteras de Siberia fué trasladado Herten á Viatka, región mas occidental, donde había un gobernador, antiguo titiritero de ferias y fiestas populares, antiguo criminal y presidiario, cuya buena letra y cuya eterna paciencia en escribir día y noche le conciliaron el afecto de un poderoso funcionario ruso, que lo elevó á la dignidad de gobernador, dignidad ejercida como un sátrapas, pues se abrogaba ciertos derechos feudales, que no son para nombrados, sobre el bello sexo. En cierta ocasión uno de los ofendidos, no recuerdo si esposo ó hermano, protestó, y púsole á buen recaudo en los manico-

mios, á fin de poder probar con testimonios irrecusables que el ofendido era un loco, y la mujer por este defendida la amada de una noche del Emperador Alejandro, á la cual debía acatamiento y consideraciones un representante del Emperador Nicolás.

Cuando este gobernador se encontraba en Perone, enviáronle un noble, que llegó acompañado de su perro y de sus papagayos. Al mes, comprometido el nuevo confinado en amorosa aventura, salió á la calle de buena mañana en paños menores, persiguiendo á latigazos una infeliz mujer. Castigado con la internación á Siberia por tal escándalo, convidó todas las personas de más viso en la ciudad á comer la víspera de su partida. Fué espléndido el banquete. Al terminar regalóles un pastel de carne, grande y sabrosísimo. Cuando lo hubieron comido y celebrado, díjoles: «no dudo que os haya sabido bien, porque esa carne es carne de mi perro.» Y arrojó la piel todavía ensangrentada sobre la mesa. Todos se pusieron malos de rabia y de asco. Leyendo los anales de los pueblos sometidos al despotismo, persuádese el ánimo de que el despotismo engendra así en las alturas como en los abismos sociales furiosa demencia. El Emperador Alejandro murió de melancolía; Nicolás casi de suicidio; el Czar reinante tiene en todos los rasgos de su rostro pintada torva tristeza; el general Souvarou despertaba á sus soldados cantando el canto del gallo por los campamentos; raras enfermedades morales y físicas, que son frecuentes en los libros de Tácito y de Suetonio.

Así no me extraña que en Rusia obligaran al demócrata Herten por fuerza á ser empleado del mismo gobernador que le atormentaba, y en el mismo gobierno que era como su vasto calabozo. Allí tenía el buen escritor, carácter de suyo inquieto, espíritu altivo, talento innovador y audaz, que resignarse á los burocráticos oficios de redactar estadísticas y que departir con empleados-máquinas, sujetos á ordenanza, siervos hasta de alma, es-

birros de educación, sin ningún sentimiento moral, sin ninguna idea elevada, tomando el cargo como vínculo, su ejercicio como socorrida industria; y oprimiendo al campesino que necesitaba de la administración, cohechado y robado de mil modos, como bestia adscrita á los cargos públicos para la mejor explotación y cultivo de tan pingües haciendas. Pero ¿qué extraño es todo esto en gentes dirigidas y mandadas, no ya por la arbitrariedad, sino por el capricho? Un día se quemó el palacio de invierno. El Emperador Nicolás mandó que fuera reconstruido en el plazo de un año. Imposible obra tan larga en tiempo tan breve. Pero lo mandó, y no había más que obedecer. El exceso de fatiga mató á innumerables trabajadores. Un día criticó esta barbarie en la escuela de ingenieros cierto alumno. El gobierno quiso saber quién era el atrevido crítico. Negáronse sus compañeros á denunciarle, y todos fueron azotados. Uno de ellos, por no sufrir tal afrenta, lanzóse de una ventana y estrelló su cabeza contra las losas del patio. De tal suerte gobiernan los autócratas.

Y este gobierno era todavía más cruel y arbitrario en la persona de sus agentes y gobernadores allá por Siberia. El gobernador general Petel oprimía á los infelices campesinos y vedaba que sus quejas llegaran al Emperador, abriendo en la frontera las cartas y castigando como delitos los lamentos. Un hijo suyo conspiró por la libertad y fué ahorcado. Cuando estaba en capilla, entró el inhumano padre, y en vez de llorar, le reconvino ágridamente: que así muere la conciencia, así la naturaleza se asfixia y desaparece en los destinados á servir al despotismo. El hijo le respondió en esta frase: «muero por una idea, padre, por la idea de evitar en lo sucesivo á mi patria gobernadores como vos.»

Imposible tal empresa; uno de los sucesores de Petel abría los caminos de su provincia por los mismos procedimientos de Nicolás para reedificar palacios. Otro, sin ser sacer-



dote, decia misa con toda pompa y toda solemnidad los domingos en su capilla y á presencia del arzobispo. Otro, siempre que se emborrachaba, hacia salvas con los cañones de las fortalezas para saludar como un grande acontecimiento su divina embriaguéz. Y estos hombres se creen de todo punto infalibles. Cierta agente administrativo contó entre los muertos de una casa de beneficencia un oficial espirante. Pero por uno de esos cambios súbitos en la naturaleza, no espiró el moribundo. Su muerte fué, sin embargo, anunciada; y los inferiores ascendieron y los parientes heredaron las tierras que le pertenecian. Cuando sanó y pidió la restitucion de su grado y de sus tierras, díjole el gobierno: «negado,» porque la estadística señaló á su tiempo irrevocablemente la situacion y estado de este oficial. Vivió todavía mucho, aunque para el gobierno estuvo siempre entre los muertos.

Así, los campesinos rusos cuentan por dias nefastos aquellos en que ven aparecer el ingeniero ó ayudante de ingeniero á señalar caminos; el agrimensor á medir tierras; el sacerdote á enterarse de los sacramentos recibidos por sus hijos; y solo conoce un medio de conjurar estas calamidades, tenderles unos cuantos rublos en papel, secos frutos de sus continuos afanes. Y no hay miedo que se descubra el cohecho, porque la ley castiga igualmente al cohechador y al cohechado, al funcionario que con amenazas estafa y al pobre estafado; al que da casi por necesidad y al que recibe el dinero.

Así la impunidad es universal. Pero como sucede en las naciones entregadas á lo arbitrario, pagó por todos el más inocente. A la caída del primer imperio francés, á la victoria del imperio ruso, cuando el favorito de la fortuna y de la guerra bogaba hácia su prision de Santa Helena, creíase el Emperador Alejandro dueño del mundo; y poseído de exaltado misticismo, elevándose sobre antiguas dudas, proclamaba á Dios como dispensador su-

premo de tanta gloria para él, y de tanto poder para su autoridad mesiánica y cuasi-divina. Queriendo de alguna suerte perpetuar su sentimiento de gratitud, pensó erigir en Moscow, la ciudad santa, que habia sido tambien la ciudad sacrificada, grandioso templo á Dios. Un arquitecto de génio, habia imaginado construir esta obra, que debia eclipsar todas las obras humanas en piedra, dentro de las entrañas y sobre la cima de esbelta colina, que domina la capital antigua de Rusia. El templo debia ser en su primer cuerpo un sepulcro iluminado por escasa luz, abierto en el seno de la colina, destinado á guardar las cenizas de los mártires de la independendencia; y en su segundo cuerpo, basado sobre grandes pirámides egipcias, una Iglesia de Cristo, del Verbo, del combate por la verdad, del sacrificio en la crucifixion, ornado de profetas y de santos, que unieran en sus simbólicas figuras el Antiguo con el Nuevo Testamento; y en su tercer cuerpo, especie de sagrado que contuviérase y encerrara la idea incomunicable de Dios, un santuario, sin ninguna figura, de largas líneas, de grandes dimensiones, empapado en místicos matices, erigido airoosamente sobre inmenso intercolumnio, y rematado por la cúpula mayor que hubiera conocido el mundo, perdiéndose como la oracion de los fieles, como el incienso de los sacerdotes, en la inmensidad de los cielos. Witberg se llamaba el arquitecto que habia concebido la obra. Mas puesto á la cabeza de una comision encargada de traer los materiales, vendido por los mismos que le rodeaban, estafado indignamente, cayeron sobre él todos los rigores de los Czares, y vivió pobre en el destierro, y murió deshonrado, pidiendo en vano la justa y merecida rehabilitacion de su nombre.

Este grande artista fué uno de los compañeros y de los amigos de Hertzen, allá en la segunda estacion de su destierro, en Viatka. Pero bien pronto iba á comenzar la tercera y la más feliz. A consecuencia de un viaje del actual Emperador, á la sazón príncipe here-

dero, las penas del desterrado se mitigaron y se dulcificó su destierro. Hertzen fué conducido de Viatka á Vladimiro, ciudad ya más cercana á Moscow. Las dos primeras épocas del destierro habian durado desde Abril de 1835 hasta Enero de 1838. Llegado á Vladimiro, los recuerdos de su vida pasada, los sentimientos de su corazón exaltado, le llevaron á compartir su ser con una hermosa é inteligente jóven, á quien habia amado mucho, y que mucho le amaba tambien. Era de su propia familia, prima suya, huérfana de padre y madre, pobre, protegida de una tia de ambos amantes, tia noble, rica, aristocrática, reaccionaria, egoista, gruñona, encerrada en viejo palacio, donde los muebles seculares, los ahumados retratos de familia pendientes en paredes vestidas de riquísimas telas descoloridas; los escudos bordados en todas las cortinas, las arañas de cristal oscurecidas por el tiempo y por el humo; los adornos de antigua porcelana; los viejos relojes con su sonido lúgubre; los siervos cargados de libreas; las ancianas criadas vestidas y tocadas á inmemorial usanza; los monos que tosan de viejos y los papagayos que de viejos se desplumaban, como que eran testimonios de eterna repulsion al espíritu moderno, y de aislamiento inaccesible á todas las ideas de nuestro siglo. Allí, en aquella casa feudal, la hermosa Natalia, privada de todo cariño, adivinaba al través de su servidumbre otra vida, otros sentimientos, otras ideas. La víspera de la partida de su primo para Siberia, fué á la prision, y con una mirada le reveló su amor, y en cartas escritas á hurtadillas, se lo dijeron. Descubriólo la tia, y se opuso á que Natalia, educada por ella, se casara con un calavera, con un demente, con un desterrado, con un demócrata, con un jóven caído de la gracia del clero, de la nobleza y del Czar. Hertzen dejó sigilosamente su destierro de Vladimiro, tomó el camino de Moscow, fué á la ciudad, obtuvo de Natalia que saliera á encontrarle en sitio de antemano designado, y

A.

se la llevó á su destierro, donde uniése en matrimonio con ella ante Dios y los hombres. Este amor fué bien pronto bendecido, consagrado por el nacimiento de un hijo, que vino á confundir más y más aquellos dos corazones llenos de amor, aquellas dos almas henchidas de poesía, dadas ambas al culto de las ideas de su siglo, y que solamente tocaban á la realidad, para embellecerla con sus esperanzas, y para modificarla con sus arraigadas ideas de progreso y de reforma.

En 1839, se levantó su destierro y pudo ir á Moscow, donde encontrara sus antiguos amigos, dados al trabajo del pensamiento filosófico, y al culto de las esperanzas sociales. Caso verdaderamente original y que apenas comprendemos en los pueblos de Occidente. El revolucionario, siempre perseguido, estaba siempre empleado. En Viatka habia sido adscrito al gobierno de la provincia y á la seccion de Estadística; en Vladimiro, á las oficinas del periódico oficial. Los diarios rusos del tiempo, merecen una especialísima mencion. Bajo aquella fuerte censura, en la necesidad de ocultar todo pensamiento libre, la nacion callaba amordazada; pero en cambio el gobierno escribía sin tasa y derramaba torrentes de negra tinta sobre el pueblo, como para oscurecer más su conciencia. Cada ministro tenia su periódico; y cada gobierno de provincia lo mismo. Para redactarlos hacíanse levas de escritores, quedándose con aquellos, que mostraban tener, si no buen estilo, buena ortografía. Y todo su deber estribaba en seguir ciegamente la consigna oficial.

Apenas llegado del destierro, su padre obligó á Hertzen á ir á San Petersburgo, donde le reservaba el ministro de la Gobernacion otro empleo en las oficinas de Heráldica. Moscow es la capital de la tradicion rusa, la capital del pensamiento ruso; Petersburgo es la capital de la burocracia rusa, la capital del Imperio alemán sobrepuesto al espíritu moscovita, nunca fatigado de reivindicar su antiguo predominio. Por consecuencia, Pe-